

había sucedido, dende que vide llegar el caballo solo á la juerza de la carrera.

—No tenga cuidado, asosiéguese, repuso el ranchero. No está muerto ni se va á morir. Quedará manquito nada más.

—¡Anque sea manco lo quero, sollozó la pobre mujer, es tan güeno conmigo y con sus hijos!



XII.

EAN luego como don Miguel tuvo conocimiento del suceso, montó en cólera furiosa. Para él no cabía duda que su compadre había mandado asesinar á Pánfilo por fiel y valiente. Su primer cuidado fué trasladarse á la cabecera del enfermo. El pobre hombre, á pesar de estar aletargado por la fiebre, y sufriendo horribles dolores, tuvo que someterse á un pesado interrogatorio, cuyo objeto era sacar en claro la delincuencia de Ruiz. Pánfilo se negó obstinadamente á autorizar esa consecuencia, y aun se encerró en absoluta reserva con respecto á su agresor.

—No quieres decirlo porque le tienes miedo á mi compadre, le replicó don Miguel; no temas, yo te defiendo.

—No, amo, sino que eso no es verdá.

—Entonces ¿quién te pegó?

—Otro más hombre que yo.

—¿Un asesino?

—No, amo, á la güena; en un pleito como Dios manda.

—Te ha de haber provocado.

—No, amo, yo juí quen le buscó ruido.

—No es creíble; me engañas.

—Válgame Dios, amo, ¿qué no vé que me estoy muriendo? Dejaremos las aviriguaciones pa cuando sane.

—No, esto no ha de quedar así.

—Entonces acábeme de matar *diatiro*; es mejor que matarme á pausas.

—A mí nadie me quita de la cabeza que mi compadre don Pedro es quien te ha mandado matar.

—No, amo, replicó Pánfilo con impaciencia. Por la gloria de mi madre que eso no es verdá.

—Será lo que quieras; pero voy á dar parte á la autoridad para que lo prendan.

—Será una injusticia.

—Aunque sea; de aquí me voy para Citala.

—Vaya, pos entonces voy á decile la me-

ra verdá; pero me ha de prometer que á naiden se la dice, ni ocurre al juzgado.

—Te lo prometo.

—¿A ley de hombre?

—A ley de hombre.

Tranquilo con esta promesa, refriole Pánfilo cuanto acababa de suceder, no omitiendo ninguna circunstancia, y echándose lealmente la culpa de todo.

—Hora que lo sabe su mercé, ya ve como nada tiene que ver con esto el amo don Pedro.

—Con todo; quién sabe que les habrá dicho mi compadre á sus mozos! Tal vez les haya dado instrucciones para que maten á los míos siempre que puedan.

—Se necesitaría ser *zaugrín* pa adivinalo.

—Un juez sería suficiente.

—Pero lo que es hora no va á hacer nada de eso su mercé, porque ya me lo prometió á ley de hombre.

—Bueno; lo que importa es que te tranquilices y duermas.

Cuando salió Diaz del jacal de Pánfilo, supo que un vaquero acababa de traer un caballo aparecido sin ginete en un potrero lejano, y con la silla y el freno hechos pe-

dazos. Luego comprendió don Miguel que era el de Roque, y se llenó de alegría pensando que aquel bruto podía ser una pieza de convicción para el proceso que meditaba. Dió orden de que le pusiesen en el establo y lo desensillasen, guardando cuidadosamente los restos de la montura. En seguida escribió una larga carta á don Santiago Méndez pintándole los sucesos con colores muy negros, y suplicándole viniese sin pérdida de tiempo acompañado de algunos soldados. No tardó en hacerlo el presidente municipal; llegó en coche, con escolta de gendarmes y tremendo ruido de sables. Los dos personajes encerráronse misteriosamente en un aposento y hablaron solos durante largo rato.

Entretanto, realizábanse en el Palmar otros sucesos dignos de mención.

Estaba don Pedro en el corredor al caer la tarde, cuando se le presentó Roque á pie, casi descalzo, cubierto de polvo y con el traje desgarrado.

—¿Qué te pasa, hombre? le preguntó don Pedro. ¿Por qué te has venido del Monte?

—Amo, me ha sucedido una cosa. Acabo de dale de machetazos á Pánfilo Vargas.

—¿Cómo, hombre!

—Como se lo digo á su merecé.

—¿Quién es ese Pánfilo?

—Sirviente de don Miguel; uno de los que sosprendimos en el Monte aquella tarde. ¿Sabe cuál? El que me amenazó porque lo amarré por mandado de su merecé, y luego su merecé le dió una regañada.

—Ya me acuerdo; ¿pero cómo pasó eso?

—Nada, amo, que ya su sino lo arrempujaba á este jierro de cuentas. Estaba yo esta mañana en el Monte muy quitado de la pena, cuando me mandó llamar con un muchachito pa provocarme y echarme la grande.

—Pero ¿qué! ¿lo mataste?

—No, amo, nomás le dí un machetazo en la cabeza, como po aquí ansina, salvo la parte (y se señaló uno de los parietales) y le moché estos tres dedos (y mostró los correspondientes de la mano derecha), Dios me guarde.

—¿Y qué fué de él? ¿ dónde está?

—Lo llevé hasta cerca del Chopo, y me vine á toda carrera.

— Y ¿el caballo?

—Nos cayimos todos en la trifulca, y á Pánfilo y á mi se nos jueron los pencos.

—Has hecho muy mal.

—¿Pos qué quería mi amo que jiciera?

—No hacerle aprecio.

—¿Si su mercé lo hubiera visto! No era cosa de podelo aguantar. Parecía que había comido yerba.

—Mereces un castigo; ya te arreglaré las cuentas.

—Lo que guste su mercé; si lo estima conviniente, haga de mí lo que quera.

Aun hablaba Roque, cuando llegó un vaquero á galope, y se detuvo delante del corredor, quitándose el ancho sombrero.

—Amo, le dijo, ay viene don Miguel con el presidente del ayuntamiento y soldados.

—¿Para acá? interrogó don Pedro con incredulidad.

—Sí, amo, viene por el camino del Chopo.

—¿Tú lo viste?

—Sí, yo mesmo. Estaba en la puerta de los Ocotes, cuando pasaron por el camino. No me miraron, porque me tapaban los árboles; ansina es que los pude reconocer perfetamente. Aluego me jice á un lado,

y cortando camino, me vine corriendo pa poner en autos á su mercé.

En aquel momento apareció á poca distancia el grupo formado por el coche de Méndez y su escolta. Ocurrióse á Ruiz que aquella visita podría tener conexión con la riña de la mañana, y volviéndose á Roque le dijo:

—Anda escóndete á mi recámara, y no salgas hasta que te hable.

No fué necesario repetirle la orden; en el acto se entró por el patio y ganó las habitaciones el sirviente. Apenas tuvo tiempo; luego llegó el Presidente Municipal con su séquito. Antes de apearse, habló con el jefe de la escolta, quien probablemente dió orden á los soldados de que cercaran la casa, pues se dividieron éstos en dos alas, por uno y otro lado de aquella.

—¿Qué sucede, señor don Santiago? dijo don Pedro saludándole.

—Nada, amigo don Pedro, ando cumpliendo deberes del oficio.

—¿Con que cumpliendo deberes del oficio? continuó don Pedro.

—Sí, señor, ni más ni menos.

—¿En esta casa?

—Precisamente.

—Pase, pues, señor don Santiago.

Aceptó Méndez la invitación, y pasaron al despacho. Don Miguel se quedó afuera.

—Señor don Pedro, dispéñseme, me han dicho que aquí tiene usted escondido á un malhechor, comenzó don Santiago.

—Pues le han engañado; en mi casa no hay malhechores.

—Se lo voy á decir con franqueza. Esta mañana, uno de los sirvientes de usted., llamado Roque, estuvo á punto de asesinar á Pánfilo, mozo de don Miguel, su compadre. Le ha dejado manco y mal herido. . . . ¡Quién sabe si no la cuenta!

—Han de haber reñido y ha de haber perdido Pánfilo. Roque es muy hombre; pero no asesino.

—Eso ya se verá. Lo que quiero es que me entregue usted á Roque.

—Ha de andar muy lejos, si es cierto lo que le atribuyen, contestó Ruiz con sangre fría. ¿Qué había de haber venido á hacer por aquí?

—A dar á usted parte del suceso.

—Señor don Santiago, á mí no me gus-

tan las medias palabras. ¿Quiere usted decir que yo mandé matar á Pánfilo?

El cobarde Méndez se intimidó al verse interrogado de aquella manera.

—¡Dios me libre! exclamó compungido. ¿De dónde pudo usted sacar tal idea?

—Me pareció que eso me daba usted á entender.

—No señor, de ninguna manera. Lo que sucede es que vengo á ver si prendo al asesino.

—Y mi compadre, ¿qué anda haciendo con usted?

—Vino á acompañarme.

—¡Como son ustedes tan buenos amigos, ha de haber aprovechado la ocasión para manifestar que dispone de la autoridad!

—No, sino que le invité para que viniese á darse una paseada.

—Lo que soy yo, señor don Santiago, no le temo á nadie, porque tengo mi pecho sano. A usted lo respeto por ser quien es; pero no le tengo miedo, la pura verdad.

—Con razón, repuso Méndez picado por aquella manifestación de no ser temido; tiene usted razón, si no valgo nada.

—No señor, sí vale usted; es la autori-

dad. Lo que digo es que para ejercerla necesita usted que le den motivo, y yo no lo doy; si lo diera, sí le temería.

—Comprendo la idea.... Conque, volviendo á lo que decíamos, ¿me hace usted favor de entregarme á Roque?

—No lo tengo en mi poder.

—En tal caso, usted me permitirá que le busque yo mismo. Como tengo aviso de que está aquí, necesito registrar la casa.

—Haga usted lo que guste, repuso don Pedro contrariado, no lo puedo impedir; pero me dará usted la orden escrita. Ya usted vé, no se puede catear una casa, según la ley, sin orden escrita de la autoridad.

—¿Para qué es eso de escribir, señor don Pedro? Doy la orden verbal, usted la oye y santas pascuas.

—Eso no, señor, ha de ser escrita.

—¿Y si no la escribo?

—No dejo registrar mi casa.

—Me haré respetar, traigo soldados.

—Yo también traigo gente, señor don Santiago. No le resisto á usted, sino que hago uso de un derecho.

—Como usted quiera; nada me cuesta dar unas plumadas.

Se sentó á la mesa, y escribió la orden dirigida al jefe de la escolta. Entretanto salió Ruiz á la puerta y habló en voz baja con un mozo:

—Anda luego á mi cuarto y le dices á Roque que se esconda donde pueda, porque le van á buscar y está rodeada la casa de soldados.

En seguida volvió á entrar.

—Aquí tiene usted la orden, díjole Méndez alargándole el papel que acababa de escribir.

—Perfectamente. Ahora puede usted hacer lo que guste.

—Con su permiso, voy á llamar á mis compañeros.

—Un momento, señor don Santiago. Llame usted á la policía; pero no á los extraños, porque á ellos no les permito la entrada.

—No comprendo.

—Hablando francamente, mi compadre ha venido para hacerme pasar un mal rato, y quiere tener el gusto de allanar mi domicilio. A eso no me presto.

—Es mi compañero y viene conmigo ¿qué tiene de particular?

—Señor don Santiago, yo mando en mi casa. Usted entra porque es la autoridad; él no. Se lo prevengo para que evitemos disgustos.

—Como le parezca. No vale la pena que discutamos.

Diciendo esto, se acercó Méndez al grupo de los suyos, y habló con don Miguel en voz baja. Como Díaz replicaba con vehemencia, el diálogo se prolongó buen espacio. Al fin volvió el presidente del ayuntamiento en compañía de un oficial y algunos soldados.

Hízose el registro con toda minuciosidad; detrás de las puertas, debajo de las camas y dentro de los roperos. La servidumbre veía con azoro aquel procedimiento, creyendo en su ignorancia que don Miguel había *ganado* y venía á prender al amo, y que se los iban á llevar á todos en *bola*. Mas fueron inútiles las pesquisas, porque no fué habido Roque ni en los departamentos, ni en los patios, ni en los corrales, ni en las azoteas, ni en parte alguna de la casa. Los gendarmes de fuera dieron testimonio de que nadie había saltado las bardas para salir al campo. Prolongose mucho la diligencia, porque don Santiago no quería conven-

cerse de que no había olfateado bien la presa. Al fin hubo de darse por vencido.

—¿Ya ve usted, señor don Santiago, como lo han engañado?

—Es verdad, parece que no hay nada . . . nada del asesino.

—Dispéñeme ¿por qué se empeña en llamar asesino á Roque?

—¿Y usted por qué se empeña en que no lo es?

—Porque no me consta que lo sea.

—Ni á mí que no lo sea.

—En ese caso, llámele como guste, menos así.

—Usted está un poco exaltado, señor don Pedro.

—Lo que acaba usted de hacer conmigo no es tan placentero que pueda darme gusto.

—No le hallo nada de malo.

—Así se dice cuando la lleva uno de activa. ¿Ya le viera en mi lugar!

Salió Méndez al corredor, se despidió de don Pedro, y se volvió al coche. Al montar, se le acercó don Miguel y le dijo algunas palabras que le hicieron retroceder y volver á donde estaba don Pedro.

—Un momento, le dijo. ¡A ver el caballo! ¡el que trajimos del Chopo! gritó dirigiéndose á los soldados.

Se acercó luego un gendarme tirando por el ronzal el caballo de Roque:

—¿Conoce usted este caballo? le preguntó á Ruiz el presidente.

Una ojeada bastó á don Pedro para saber de qué se trataba.

—Sí, señor, es mío; ni necesidad había de preguntármelo ¿no le vé el fierro del Palmar?

—¿Quién montaba este caballo?

—Éso sí que no lo sé.

—¿No es el de Roque su mozo?

—No le digo á usted ni que sí ni que nó, porque los caporales cambian caballos con frecuencia.

—¿Y el sarape? insistió Méndez, haciendo que lo desataran de las correas con que iba sujeto á la silla.

—¿Cómo quiere que conozca sarapes!

—No adelantamos nada, repuso el presidente enfadado. Vámonos.

—Dispéñseme; este caballo se queda, porque es mío.

—No, señor, no se puede quedar.

—¿Ha cometido algún delito? interrogó Ruiz con sorna.

—Llegó corriendo al Chopo, sin ginete, y seguro es el que montaba el asesí...., Roque. Lo necesito para entregarlo al juez, á ver que se saca de aquí. Ya lo reclamaré usted.

—Usted manda; haga lo que quiera.

No hubo ya remedio; el presidente municipal y su cortejo emprendieron la retirada, sin haber logrado ventaja alguna de su visita al Palmar. Pasado un rato, entró don Pedro en la casa, para buscar á Roque. Hallóle en el patio saliendo del pozo, donde había estado oculto con el agua hasta la cintura.

—¿Qué bueno estuvo eso! díjole Ruiz riendo. ¿Cómo se te fué á ocurrir esa idea?

—Las tortugas andan con juego, amo, repuso Roque silenciosamente.

—Ahora lo que importa es que cambies ropa y te vayas. Creo que estarás bien en el ranchito de la Barranca. Quédate allí escondido unos días. Te mandaré decir lo que suceda.

—Está bien amo, lo que mande su mercé.

Hízose todo como lo ordenó don Pedro,

y pocos momentos después salió Roque de la hacienda con ropa seca y rumbo á la sierra.

Pero el suspicaz don Miguel no había quitado el dedo del renglón. A poco andar convenció á Méndez de que Roque debía estar en la hacienda, y de que era conveniente dejar espías y algunos soldados para que lo prendieran. Nunca falta quien se preste en tales casos á desempeñar oficios ruines. Entre los mismos peones de la finca, hallaron Méndez y Díaz gente de esa. Cinco soldados quedaron ocultos en una casita, y el presidente y su amigo continuaron la marcha para Citala.

Envuelto en la frazada estaba un espía frente al jardín de la hacienda, cuando salió Roque confiado, creyéndose libre de toda persecución. Reconoció el espía y envió luego un recado á los gendarmes para que se vinieran sin pérdida de momento; y él se fué siguiendo á Roque, de modo de no perderlo de vista ni infundirle sospechas.

Comenzaba el caporal á subir por la vereda de la loma, cuando oyó galope próximo de caballos, y ruido de sables. Volvió la cabeza y vió que venían cerca los solda-

dos. No tuvo tiempo para correr ni para ocultarse; y siguió caminando sin darse por entendido, con la esperanza de que no le conociesen. Pero no fué así, porque ya estaban advertidos de quien era. Así es que, cuando lo alcanzaron, venían ya con los sables en la mano:

—¡Alto ay! gritó el que iba delante.

Como Roque se hizo el sordo, aplicole rudo cintarazo, diciéndole:

—¿No oye, amigo? ¡Alto hay!

—¿De qué me pega? protestó el caporal entre medroso é indignado.

—¡Camine por ay! le dijeron los gendarmes.

En vano lo resistió. Los soldados le hicieron tomar á viva fuerza el camino de Citala.

Sonaban las diez en el reloj del pueblo, cuando cansado y magullado, entró Roque en el calabozo, y se cerraron tras él las pesadas puertas del húmedo y asqueroso tugurio.